VIDA MONTEVIDEANA

REVISTA SOCIAL ILUSTRADA

DE

LITERATURA Y BELLAS ARTES

APARECE LOS DOMINGOS

Año I | Montevideo, Agosto 22 de 1897 | Núm. 8

Director:
Rafael J. Fosalba
Redactores:
Juan M. Vallejo Badaró
Juan Armellino
Secretario de Redacción:
Fermin Héctor Casas

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Capital un mes	$ 0.50
Un semestre	» 2.50
Campaña y Exterior un mes	» 0.60
Un semestre	» 3.00
Número corriente	» 0.20

Administrador:
J. M. Vallejo
Gerente:
Camilo F. Carnini

Dirección y Administración: Convención 82

GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS

CHELA HERRERA Y OBES

(Fotografía de Chute y Brooks)

SUMARIO

TEXTO: Las siete cuerdas del Arpa, por *Rubén Darío*—En un Album, por *Santiago Maciel*—No sirve más, por el doctor *José F. Doni*—Agonia, por *Adriano M. Aguiar*—Rimas, por el doctor *Fernando Agulló Vidal*—El angel de sus sueños, por *Zulina*—El 25 de Agosto de 1897, por *Asonipse*—Viole d' Inverno, por *Giovanni Pascoli*—Narraciones historicas—La Cruz de los héroes, por *Francisco de Asis Condomines*—¡Pregunta vana! por *Agustin Solla*—Una visita á «Las Delicias», por *Francisco Caraciolo Aratta*—Camperas, por *Gonzalo Larriera Varela*—Recquerianas, por *Cayetano R. Mendoza*—Cuentos rápidos, ¡Mentira! por *Pedro C. Miranda*—Ideale, por *José F. Doni*—¿Quién es él? por *Ráfaga*.

GRABADOS: Galería de bellezas montevideanas: señorita *Chela Herrera y Obes*, fotografia de Chute y Brooks, grabado de Emilio A Coll—Establecimiento Sanítario Hidroterápico «Las Delicias», de Minas, propiedad de Don *Luís Curbelo*. Frente exterior y frente interior y jardines, tomados de fotografias de J. R. Salgueiro.

LAS SIETE CUERDAS DEL ARPA

Siete figuras aparecieron cerca de mí. Todas vestidas de bellas sedas; sus gestos eran ritmos y sus aspectos armoniosos encantaban.

Al hablar, su lengua era música, y, si hubiesen sido nueve, habria creido seguramente que eran las musas del Sagrado Olimpo.

Habia en ellas luz y melodía y... atraían como un imán supremo.

Yo me adelanté hácia el grupo mágico y dije:

Por vuestra belleza, por vuestro atractivo, seréis acaso los siete pecados capitales, ó quizá los siete colores del iris, ó las siete virtudes, ó las siete estrellas que forman la brillante constelación de la Osa?

¡No! me contestó la primera figura.

No somos virtudes, ni estrellas, ni colores, ni pecados. Somos siete hijas bastardas del Rey Apolo, siete princesas nacidas en el aire del seno misterioso de nuestra madre la Lyra.

Y, adelantándose, la primera me dijo:

Yo soy

Do

Para ascender al trono de mi madre, la sublime Reina, hay siete escalones de oro purisimo. Yo estoy en el primero.

Otra me dijo:

Mi nombre es

Re

Yo estoy en el segundo escalón del trono. Mi estatura es mayor que la de mi hermana *do*. Pero la irradiación de mis cabellos es la misma.

Otra me dijo:

Mi nombre es

Mi

Tengo un par de alas de paloma y revuelo sobre mis compañeras, desgranando un raudal de trigo de oro.

Otra dijo:

Mi nombre es

Fa

Me deslizo entre las cuerdas de las arpas, bajo los arcos de las violas y hago vibrar los sonoros pechos de los bajos.

Otra me dijo:

Mi nombre es

Sol

Yo ocupo un escalón elevado en el trono de mi madre la Lyra.

Tengo nombre astro y resplandezco ciertamente entre el coro de mis hermanas.

Para abrir el secreto del trono, en la puerta de plata y en la puerta de oro, hay dos llaves misteriosas. Mi hermana *fa* tiene la una y yo tengo la otra.

Otra dijo:

Mi nombre es

La

penúltima del poema de Mallarmé. Soy despertadora de los dormidos ó titubeantes instrumentos, y la divina y aterciopelada Filomela descansa entre mis senos.

La última estaba silenciosa y yo le dije:

¡Oh! tu, que estás colocada en el más alto de los escalones de tu madre Lyra: eres bella, eres armoniosa, eres fascinadora, deberás tener entonces un trino como un cristal... !

Y ella me contestó

¡Sí!

Rubén DARIO.

Buenos Aires, 1897.

EN UN ALBUM

Que es la vida en el mundo falaz quimera,
con paisaje encantado de primavera,—
vergel en que son flores las ilusiones,
astro el amor, y liras los corazones;—
que pétalos, colores, brisas, aromas,
arrullos de zorzales y de palomas,
todo lo que exitada la mente crea,
hasta lo que imagina, lo que desea,
son ensueños del alma que resplandecen,
y al ocultarse el *astro*, desaparecen?...
Mantiene, pues el *astro* siempre en la altura,
y verás como luce la tierra oscura.
Si anochece en el alma, las soledades
de la vida se llenan de claridades,
y mientras de sus rayos dura la lumbre,
diamantes vierte el agua, chispas la cumbre,
y la naturaleza canta un *hossana*
vibrante como el himno de la mañana.
Haz que el amor no muera, que suspendido
permanezca en tu pecho, siempre encendido;
haz que el amor irradie sobre tu frente,
como un sol que alumbrára perennemente,
y asi será la dicha, como un paisaje
de primavera, hermoso, sin que el oleaje
de los dios humanos, ni los dolores,
disipen sus perfumes, rompan sus flores.

Santiago MACIEL.

Montevideo, Agosto 21 de 1897.

¡NO SIRVE MÁS!

ESCRITO EN ITALIANO PARA « VIDA MONTEVIDEANA »
Y TRADUCIDO ESPRESAMENTE

Estaba sentado cerca del lecho de su mujer. Fedor contemplaba con un íntimo sentimiento de alegria, á aquel ser tan querido abandonado á un sueño plácido.

Su mujer estaba todavia pálida! Llevaba las trazas de recientes sufrimientos, pero su boca casi sonriente, decia que todo habia pasado. Hermosa en su abandono, las bellas lineas de su cuerpo se dibujaban bajo la colcha de plumas y de raso celeste, guarnecida de encajes, sobre la cual las sábanas de batista y de *valenciennes*, estaba dada vuelta con gracia.

Despues de aquel cuadro hermoso, los ojos de Fedor se posaron sobre una camita, colocada á los pies de la cama de la esposa; era toda de raso y de encajes, cubierta de cortinas de tul blanco.

Sobre la blanda almohada descansaba una cabecita recubierta de finisimos cabellos rubios, con la carita rosada y un poco inflada; — hacia pocas horas que habia venido al mundo —; las manecitas cerradas y tambien un poco rojas y arrugadas. El conjunto no era bello, pero á la vista de ese ser pequeño, tal vez, un dia la alegria y el orgullo de sus mayores, se inflamó de gozo el corazón del padre, y con un movimiento de ternura y de agradecimiento hácia aquella que se lo habia dado, pasó el brazo alrededor de la almohada bajo la cabeza de su mujer, que dormia. Hubiera querido abrasarla estrechamente pero temia turbarle el descanso, del que ella tanto necesitaba, despues de las horas de dolor por que habia pasado, y se contentó con apoyar su mano cerca de la cabeza de ella. En aquel instante sintió bajo la mano una carta escondida entre la almohada y la funda y una cruel sospecha le atravesó el corazón. Se acordó que en el dia anterior al entrar en la cámara de su mujer la habia encontrado escribiendo en su escritorio: ¿á quién escribes? le habia preguntado. Ella, entónces, le habiá rogado la dejase escribir, diciendo: —Si yo muriera, tu debes prometerme entregar esta carta á la persona á quien irá dirijida; si sobreviviera yo la destruiré.

¿Para que habia escrito esa carta?... ¿Qué decia en élla?

La tentación era grande, sintió repugnancia de cometer una villania, pero despacio, despacio, quitó la carta, atravesó en puntillas de pié la habitación y fué á su escritorio vecino. Un sudor frio le bañaba la frente, la mano le temblaba, el corazón le batia con violencia en el pecho, que parecía quererlo despedazar:— Tal vez Minka lo traicionaba... Es posible!?... aquella mujer tan delicada, tan débil...?

El, que la adoraba siempre con el delirio de los primeros dias, cuando la habia conocido esposa infeliz de otro, pero virtuosa hasta el estremo de haberle quitado las esperanzas de ser amado por ella... ¡No!No! hubiera sido demasiado horrible, no podia, no debia ser asi... !

Y con la cabeza entre las manos estaba inclinado sobre el escritorio sin tener el coraje de leer la dirección del sobre que el temia reconocer.

Al fin, un poco más dueño de si mismo, miró la carta, la giró entre sus manos... y leyó: «Al señor Mitroff»... Mitroff! El primer esposo de Minka!... el que la habia hecho sufrir horriblemente hasta el punto de hacerle desear á toda costa el divorcio.

En aquella hora suprema, cuando estaba entre la vida y la muerte, Minka pensaba en aquel hombre!... en él!?... pero porqué? Tal vez para reprocharle todo los males que la habia hecho sufrir?... Tal vez para perdonarlo?...

El miraba aquella carta maldita y la estrujaba entre sus manos; estuvo por abrirla pero una voz imperiosa le gritaba; —No es para ti! —y él se detuvo.

La dejó sobre la mesa, y con la cabeza apoyada en la mano, miraba aquel sobre «Al señor Mitroff!» Le parecia que aquellas letras se agrandaban ante sus ojos, se le clavaban en el cerebro y se lo amartillaban y siempre sentia cada vez más fuerte gritar á sus oidos: Al señor Mitroff... Mitroff... Mitroff...

Por fin, rompió el sobre, desplegó la hoja y leyó:

«Cuando te lleguen estos renglones, yo

ya no viviré... En puertas de la muerte siento la necesidad de mandarte un adiós... de decirte que no obstante todos los desprecios que me has hecho, yo te perdono, pues te amo todavia!... que solamente á ti he amado siempre!... que solo de ti llevaré el recuerdo á lo ignoto que me espera.

«Siento la necesidad de decirte en este supremo instante que yo me desprecio á mi misma, junto con aquel hombre á quien me uní en un momento de supremo dolor... lo odio, á él... y odio á su hijo que yo llevo en el corazón y reconozco que es justo que mi vida sea sacrificada en espiación suya.

Adiós!... »

Fedor, con un rugido de indignación y de dolor, estrujó la perfumada carta, y fué rugiendo hácia la cámara de su mujer, pero se detuvo y dejó caer el pliego en el suelo. Se llevó, trémulo de ira, la mano á la frente, mirando hácia la puerta entreabierta de la alcoba.

¿Qué hacer?... Reprocharla?... acusaba de traición?... disgustase y matarla?

El médico ha ordenado para ella un absoluto descanso; ha dicho que una conmoción le podria ser fatal... gran Dios!... tendria que ser asesino?...

Se dejó caer sobre una poltrona y quedó largamente absorto en sus tristes pensamientos.

Al fin hizo esfuerzos para calmarse aparentemente, cuando entró la criada á decirle que la Señora queria hablarle.

—La Señora!...¡ah!... — esclamó Fedor como despertando de un sueño. —Voy en seguida.

Tiró la carta con el sobre en el fuego de la estufa y cuando se hubo destruido se dirijió lentamente al aposento de su mujer.

Minka, despertada por un quejido de su criatura, se la habia mandado acercar y le dió el pecho. Invadida por un sentimiento, hasta ahora desconocido por élla, su primer pensamiento fué su esposo y lo habia mandado llamar. Le sonrió, cuando él entró y lo envolvió en una mirada de ternura. El tembló pero se detuvo y tomó tranquilamente el lugar de antes, junto á su cabecera, mirandola largamente. Ella bajo la impresión de los pequeños lábios que voraces le absorvian la vida, sintió cada vez más deshacerse el hielo que la oprimia el corazón, y rodeando el cuello de su esposo con su mórbido brazo, lo atrajo á sí.

—Me ámas entonces?—preguntó él con la voz sofocada por la emoción.

—Si,—respondió ella con una sonrisa; si hoy te amo y te amaré siempre...

—No escribiste una carta?—replicó él.

—Es verdad,—dijo Minka, y una nube pasó por su frente.—Debe estar entre la funda de almohada, es necesario quemala, porque ahora no sirve más.

—La encontré en el suelo dijo Fedor, y viendo que se debia entregar solamente en el caso de que tu murieras, la he quemado.

—¿La leiste?—le preguntó ella temblando.

—No, vi que era para el señor Mitroff...

—Y, no deseaste conocer lo que yo habia escrito?—le preguntó Minka con voz insegura.

—No, porque sé que tú me amas.

Con una mirada llena de gratitud ella lo atrajo de nuevo hácia sí, y sus lábios se unieron en el primer beso de amor.

DOCTOR JOSE F. DONI.

Montevideo, Agosto 20 de 1897.

AGONÍA

Eterna noche en mi existir impera,
La noche del dolor, glacial y helada,
Donde nunca la luz de tu mirada
Veré brillar, de dicha mensajera.
La duda el alma me atormenta fiera,
La antorcha de mi amor está apagada
Y el antro de la tumba despiadada,
De mis despojos el banquete espera.
Acabó para mi toda alegría,
Mi corazón en lágrimas deshecho
Siente el frío mortal de la agonia.
La muerte de su presa está en acecho,
Mañana, cuando asome el nuevo día,
Un cadáver habrá sobre mi lecho!

ADRIANO M. AGUIAR.

Montevideo, 19 Agosto de 1897.

RIMAS

Por cada beso tuyo, me decía,
se enciende un astro en la región vacía!
Y entonces no creí sus frases bellas,
porque pensé que hubieran en un dia
faltado cielos y sobrado estrellas.

Más tarde — ¡Cada lágrima vertida
mata un astro!—me dijo conmovida.
Y no creí sus frases de quebranto,
porque pensé que hubieran en mi vida
faltado estrellas y sobrado llanto.

Muerto ya el corazón, comprendo ahora,
de aquella alma sensible y soñadora
las palabras de amor y de reproche;
pues de mi triste vida en el derroche,
yo tuve noches de color de aurora
y hoy tengo auroras de color de noche.

FERRÁN AGULLÓ VIDAL. (1)

Para VIDA MONTEVIDEANA.

Barcelona, 1897

El angel de sus sueños

Para A. C.

Dios, al crear sus criaturas, dota á algunas de dones privilegiados: Al nacer Angel, dió un soplo divino sobre su hermosa cabeza y dijo: ¡serás un génio! Y un génio és, puesto que entre un grupo de distinguidos violinistas supo conquistar aplausos, un honroso premio y entusiastas pensamientos de los que fueron sus compañeros de torneo artistico. Repetiré solamente el que unos de ellos escribió y firmaron todos á espaldas de su violin sublime: «¡Gloria! ¡Eterna gloria al Sarasate Uruguayo.»

J. E. E.

La tierna niña hallábase preocupada con algo muy grandioso que habia leido.

Su infantil imaginación le representaba la basilica de San Pedro, no como un objeto lejano del cual acabara de leer la descripción, sinó que le parecia haber efectuado un rapidisimo viaje, hallarse en Roma y estar contemplando las obras artisticas que enriquecen la grande iglesia.

En el silencio y soledad de su primoroso cuartito, se sintió agitada, febril; el sueño huía de sus párpados, y en su exaltada fantasia creia ver á través de caprichosas nubes de incienso,—cuyo mistico perfume se espandia por las inmensas naves de la Basilica,—á las santas y virgenes que inmortalizaron á Murillo, Ticiano, Buonorotti y á tantos otros geniales artistas, y veialas destacarse de sus lienzos para arrodillarse y hacer oración. Las estátuas que representaban á Jesús crucificado se animaban; oia gemidos, oraciones y sollozos... Veia como la divina sangre del sublime mártir del Gólgota se deslizaba gota á gota por su frente pálida y se mezclaba al sudor que mojaba sus sienes en su horreda agonia. Figurábase que la espléndida, ciudad, marmórea y callada, que se extiende sobre la inmensa bóveda, cúpula y frontispicio de la iglesia más grande de la cristiandad, no era formada de trozos de ricos mármoles, mordidos por los cinceles de los más grandes artifices, sinó que aquellos santos, apóstoles y ángeles eran verdaderos; que habitaban una ciudad celeste; que uniendo sus manos y mirando al cielo movian sus lábios en fervientes oraciones, y que los últimos, agitando sus níveas álas, descendian á la tierra por mandato de Dios, para velar á la cabecera de las camitas de los niños buenos, que sentian temor en el silencio imponente de la noche, poblada de esos mil imperceptibles ruidos que la infantil imaginación agiganta.

Fatigada con estos pensamientos la niña invocó á su Ángel de la Guarda en una corta oración. Indudablemente el angel oyó sus tiernos ruegos pues la niña quedóse placidamente dormida.

Al dia siguiente, al notar sus miradas resplandecientes, no pude menos que preguntarle la causa de su alegria

—Estoy muy contenta, mucho!—me contestó,—¡Si supieras!... Anoche mi Angel de la Guarda me hizo compañia y me contó una historia muy bonita, pero ¡qué lastima! no la acabó.

Comprendi que la inocente,—que se habia dormido preocupada con aquella historia de santos y de virgenes,—habia soñado que habia visto y oido á su divino Custodio, y esa creencia la hacia feliz.

—¿Y yo no puedo saber esa historia que dices ser tan bonita?—le pregunté.—

—Puedes, ¡cómo no!. Es tan bueno el angel que no se enojará por ello. Tampoco me recomendó que no la dijera; la aprendi tan bien, que te la puedo repetir palabra por palabra. ¿Quieres?

—¡Habla! ya te escucho,—le repliqué llena de curiosidad.—

—Anoche cuando me acosté,—comenzó la niña,—estuve pensando un largo rato; como no podia dormir recé á mi Custodio para que me diera un buen sueño, pues tenia miedo de estar sola. Recé con los ojos cerrados y cuando los abri vi sorprendida que á la cabecera de mi cama se hallaba un angel hermosisimo, de albo y flotante traje, de deslumbrantes alas y de dulce mirar; tenia un dedo aplicado á sus lábios como ordenandome silencio. Lo miré callada, temiendo que al oir el éco de mi voz se alejase en castigo de mi desobediencia, pero al ver la bondad que se adivinaba en su seráfico semblante, cobré confianza y juntando mis manos le dije. Ya que eres bueno y me haces compañia por que sabes que tengo miedo, cuéntame algo de lo que pasa en el cielo: yo en mi pequeñez no me doy cuenta de su grandeza. Si lo haces me dormiré en seguida.

«Entonces el Angel con voz armoniosa como una balada alemana me contestó:—Has sido buena, has orado, pensaste en el sacrificio del Hijo de Dios y sufriste al recordar su martirio;—voy á recompensarte y complacerte, diciendote aquello que quieras saber y que no me sea vedado decir. Pregúnta pués.—

« —Yo quiero que me cuentes algo bonito y que pueda verlo yo,—le dije.—

(1) De entre las innumerables poesías presentadas en tres certámenes consecutivos de los *Juegos Florales* de Barcelona,—á los que concurren los primeros poetas de España,—las del doctor Agulló Vidal han obtenido el único premio, consistente en la *flor natural*, concedido por el jurado. El doctor Agulló, que tenia ganadas ya dos flores naturales correspondientes á los certámenes de 1888 y 1889, al ser premiado con la tercera en 1891 fué proclamado con el título altamente honroso de *Maestro de Gay Saber*.

Se quedó un momento pensativo y despues habló así:

« ---Has de saber que cuando los mortales hacen alguna acción agradable á Dios, Este los premia mandandoles uno de sus ángeles á la tierra.

« ---¿Cómo? Yo no he visto más ángeles en la tierra, que á ti. ¿Cómo dices que Dios manda uno siempre que los hombres hacen una buena acción?

« ---Los has visto, si, solo que no has sabido distinguirlos. ¿No has fijado tu atención en esas mujeres, ya jovenes y hermosas, ya ancianas y feas, que se consagran á la Caridad, ó que se distinguen por su amabilidad, talento ó bondad? Pues esas mujeres son ángeles de la tierra. ¿No has encontrado en tu camino esos hombres abnegados, capaces de todos los sacrificios en bien de la humanidad; á esos que ponen su arte ó su ciencia en beneficio de los desdichados que sufren; á esos que dan la limosna al pobre uniendola á una palabra de consuelo?... Pues esos tambien son ángeles de la tierra.

« ---Esos que tu dices son mujeres buenas y lindas y hombres caritativos, pero ángeles nó; no hay ninguno que te iguale en belleza; ninguno ostenta tus espléndidas alas, ni la luz de tu mirada.

« ---Es que Dios lo ha dispuesto así para que solo la bondad, el talento, ó las buenas acciones, puedan mostrar á los demás hombres cuales son sus elejidos.

« ---No comprendo como puede transformarse un ángel cómo tú en un hombre como los que vemos en nuestro mundo terrestre, ¿quiéres esplicámelo?

« ---Por uno juzgarás de los demás. En la ciudad de... habia un gran pecador. Era un avaro que habia reducido á la desesperación de la miseria á muchisimas personas. Un buen dia sus ojos se abrieron á la luz de la verdad; se arrepintió y devolvió lo que con la usura habia usurpado. Lágrimas amarguísimas borraron la mancha de sus pecados; fundó obras piadosas é hizo muchas limosnas Su nombre tan odiado hasta entonces, empezó á ser bendecido.---Allá por el año 187... entregó su alma al Creador. En el libro de su destino se encontraron grandes culpas, pero las oraciones y las lágrimas de agradecimiento de los desamparados que socorrió en su arrepentimiento, valian muchisimo más y fué entonces de un dia de fiesta para el Cielo. Al abrise sus puertas, un grupo de ángeles, querubes y serafines, acompañó hasta los pies del Señor al pecador arrepentido y fué perdonado.

« Nada tan agradable á nuestro Padre como un errepentimiento sincero, y en celebración de tan fausto acontecimiento, quiso enviar á los hombres, uno que reuniera en sí todas las buenas cualidades de que habia carecido aquel que su benignidad infinita acababa de perdonar. Miró á su derecha y dijo á un ángel, que era su preferido por su bondad, por su piedad y por su hermosura; ---irás al mundo de los hombres; quiero que los que en adelante sean tus hermanos admiren una de mis mejores obras.

« El ángel se posternó.

« Dios al ver su humildad apoyó su mano en la cabeza rubia del ángel y prosiguió: Parté sin pena de tu pátria celeste; cuando llegues á la tierra encontrarás un hogar honrado y puro, que será el tuyo, un nido de amores; en el tendrás una buena madre, joven y hermosa que te adorará y un padre amoroso que guiará tus pasos por la senda del deber y de la humanidad. En tu cabeza, en la que apoyo mi diestra, se anidará el talento; en tu mirada resplandecerá el génio. En tu corazón irán en igual proporción las buenas y las malas pasiones, pero éstas no germinarán en él: tu ángel de la guarda apartará los escollos de tu camino y mi mirada te seguirá por doquier. Sé estudioso y honrado que recogerás óptimos frutos.

Establecimiento Sanitario Hidroterápico De Dr Luis Cinbelo. Minas (R O del U)
Frente exterior
J. R. Salguero Fotografo.

« A la noche de ese dia volvieron á abrirse las puertas del cielo en medio de resplandores celestes y sobre una nube rosada con cambiantes nacarinos, bajó á la tierra el angel, transformado en débil niño, sujeto á todos las contigencias de los seres terrenales por la voluntad de Aquel que todo lo puede. Un rutilante lucero alumbraba el camino que la nube, guiada por el angel de la guarda del niño, habia de recorrer.

« Al llegar á la tierra el angel lo depositó en los brazos amantisimos de una mujer buena como una santa, hermosa y pálida como una azucena y cuya sedosa cabellera habia sido dorada por un cariñoso rayo de sol.

« --- Y el ángel lo dejó en el hogar à que lo trajo?

« --- Si, desde aquel momento es vida del corazón de la mujer que al besarlo conmovida le llamó ¡hijo mio!

« --- Indudablemente será grande yá, puesto que me dijiste que hace años vino al mundo. ¿Quieres decirme cómo podria reconocerlo si la casualidad hiciera que lo encontrara?... Debe tener algun distingo, siendo como dices el predilecto del Señor.

« --- Es aun muy joven y facilmente puedes distinguirlo de la generalidad; domina un dificil arte y es magnánimo y caritativo; ha contribuido muchisimas veces á aliviar la miseria poniendo su talento á contribución de los necesitados y en su corta existencia ha recibido millares de bendiciones de pechos agradecidos.

« ---Eres tan bueno, mi angel custodio que me dirás como se llama ese ser tan perfecto y tan noble; yo quiero conocerlo; cuando le vea, verás como le diré que lo quiero mucho porque es tan bueno.

« --- Eso es lo único que me está vedado decirte.

« ---¿Como voy á hacer para reconocerlo entónces? Sólo me has dicho que es un gran artista, pero no me has dicho que ante cultiva. ¿Para qué me contaste su historia si despues no habia de conocerlo?... ¡Di!... ¿Es pintor como Rafael ó Rubens... ó escultor como Fidias... ó poeta... ó músico como Wagner, Haydn ó Gounod? Ser escultor, pintor y poeta como Buonorotti el Miguel Angel que en su talento cupieron

todas las Artes?... ¡Nada me dices! ¡Sé bueno... y dime siquiera si algun dia podré encontralo!

« ---Cumpliré lo que te he prometido, lo encontrarás si y no podrás menos que reconocerlo.---Cuando entre la multitud de hombres veas que se destaca por sus méritos y caritativos sentimientos un ser que concuerde en edad y condiciones al que te he descrito, ¡ese será! Ahora no me preguntes más, pues nada más puedo decirte.

« Empezaba el dia y el angel desapareció; no vi por donde; solo oi sobre mi cabeza un suave aleteo y mi pequeño aposento, alumbrado debilmente por una pantalla color de rosa, pareció quedar un momento á obscuras. El angel se fué á saludar la naciente aurora y no oyó que le pedia que me dijera cuando podria encontrarlo! »

Al ver que la niña se quedaba pensativa, traté de infundir esperanzas á su tierno corazón.

—El Angel te lo prometió, no desmayes pues, algún día lo encontrarás! — le dije.

Un momento despues, en uno de esos cambios tan frecuentes en las niñas de su edad, prorrumpió en alegres y frescas risas, me besó y fué corriendo para volver con su muñeca á quien le contaba la misma historia que concluia de decirme...

. . . .

Han trancurrido tres ó cuatro años, En ese intérvalo la niña se convirtió en mujer. Más de una vez le pregunté si habia hallado el ser privilegiado que soñó encontrar sobre la tierra.

Solo un leve movimiento de cabeza y un suspiro me daban à entender que esperaba aún...

La última vez que le hice la misma pregunta, muy otra fué su contestación.

---¡Lo he hallado, si! me dijo ruborizada.

---¿Ya no tienes confianza en tu antigua confidente, que solo me dices que tus ensueños se han realizado, sin confiarme como antes los anhelos de tu corazón?

Hablóme al oido, la niña, quedo, muy quedo:

Una noche en la ciudad de ... se verificó una gran fiesta de beneficencia. Solamente te relataré una parte de ella.

Tenia á su cargo un número del programa el distinguido *dilettante* N...

Cuando se presentó en el estrado fué saludado con entusiastas aplausos por aquel público que ya conocia el talento del eximio artista. No era la primera vez que salia de la capital para prestar solicito su valioso concurso á la organización de festivales que se celebraban en pró de los menesterosos de...

Aun duraban el eco de los aplausos cuandó empezó à ejecutar con inimitable perfección en el dulcisimo instrumento, --- que cuando es un Sarasate el que lo hace vibrar, lleva hasta el delirio el entusiasmo del que lo oye,-- una sublime melodia que era escuchada con religioso silencio por el selecto anditorio.

El poético cuadro que en el proscenio vi en ese momento, no se borrará jamás de mi alma.

Jovenes hermosisimas que formaban la comisión, trofeos, profusión de flores, luces y colores... y en medio de todo se destacaba la simpática figura del joven concertista.

Al terminar la tan dificil como brillante-

mente ejecutada obra, justicieras ovaciones volviéronse á oir por un largo rato en la sala, y... escucha,---me dijo la niña con voz ténue como un suspiro --- ¡ habia encontrado el ser noble, bueno é inteligente que buscaba anhelante mi corazón!... lo reconoci en la mirada que me envió cuando me ofreció la blanca y perfumada flor que lucia sobre su corazón en aquel instante. En ella lei claramente ¡Para ti son mis glórias!

. . . .

Dos almas fundidas en una, al calor de una dulce mirada, solo sienten una misma aspiración, un solo sentimiento...

ZULINA.

Montevideo, Agosto 19 de 1897.

¡PREGUNTA VANA!

Á ella

Me preguntas, creyendo que es de roca
El alma que me anima y es mi cruz,
Si pienso siempre en ti ¡Pregunta loca!
¿Ignoras que tu nombre esta en mi boca
Como el perdón en labios de Jesús?

Olvidarme de ti!... ¡Que gran locura!
Jamás, mi amada, te podre olvidar;
Si es tu sonrisa candorosa y pura
La que extingue de mi alma la tristura,
Y la que hace mis penas desipar!...

Te hallas lejos de mi, ¡ bien adorado!
¡Cuanto daria por tenerte aqui!
Y aspirando tu aliento perfumado,
Sentir mi corazon, hoy apenado,
Delirante de amor latir por ti!

¡Si tuviera poder el alma mia,
Te llenara el camino de canciones;
Tus pesares en dichas trocaria,
Y mi pecho en tu honor entonaria
Un himno de celestes bendiciones.

Te hallas lejos de mi, á gran distancia,
Pero siempre contemplo tu visión,
Y aspiro de tus lábios la fragancia;
De tu figura observó la arrogancia,
Y la pureza de tu corazón!

Y me preguntas ¡qué pregunta loca!
Si siempre pienso en ti ¡vano temor!
Sin tu amor mi existencia á su fin toca,
Y tu harmonioso nombre está en mi boca
Como aroma en el cáliz de la flor!...

AGUSTIN SOLLA.

Montevideo, Agosto 19 de 1897.

EL 25 DE AGOSTO DE 1897

A pedido de mi hija Antígona

Día azul de la Pátria;
Blanco día de plácida bonanza
Hermoso cual la célico—albo enseña
Que dora el pátrio Sol de la esperanza;
Dianas de independencia;
Himnos de libertad, ecos de gloria,
Que conmoveis al pueblo soberano
Trayendole el pasado á su memoria,
Vibrad en el espacio;
Resonad, resonad, marchas triunfales;
Repercutid en las sagradas criptas
En donde yacen nuestros inmortales.
Aquellos adalides,
Que tu grandeza ¡oh Patria! presentian;
Aquellos corazones abnegados,
Que por ti y para ti, solo latian.
Que sepan los ilustres,
Que el sentimiento intimo que impera,
Es recordarlos con cariño inmenso...
Posteridad, es siempre justiciera...
Pero no! ¡no!—dejadlos!
No turbeis su reposo, acordes mágicos:
¡Que dirian al ver el desconcierto
De nuestros infecundos dias trájicos!
Cuando cese el alerta
Que resuena fatídico en los montes,
Y el cañoneo se traduzca en salvas
A nuestros despejados horizontes;
Cuando la Paz bendita,
Sembrando abrazos y aunando empeños,
Recobre su benéfico dominio
Y haga tangibles progresistas sueños,
Rosonad himnos pátrios,
Vibrad entonces, ecos entusiastas,
Y entre hossannas de coros infantiles
Flote el pendón en las erguidas astas.
Y á Artigas aclamando,
Aclamando á Suarez y á Rivera,
Vivando á Lavalleja y á sus bravos
Y á tanto ilustre que en la historia impera,
Al porvenir mirando,
Sea nuestro ideal único, ardiente,
Hacer grande y feliz á nuestra Pátria
Ya que es rica, y hermosa, é independiente.

Asonipse.

Montevideo, Agosto 20 de 1897.

Narraciones históricas

III

La cruz de los héroes

Las tropas españolas, tras fatigosas marchas y cruentos combates, están descansando en la ciudad de Manila.

Una inesperada diana los llama á reunirse, haciéndolo en la plaza principal, donde forman un gran cuadro, en cuyo lado vacio se levanta un estrado tan esbelto como sencillo.

La figura del bravo Polavieja, gobernador general del Archipiélago, se destaca cerca del estrado. El General, dirigiéndose á uno de sus edecanes, le dice:

—Buscad á la Madre Carolina, superiora de las Hermanas de la Cruz Roja, y decidle que llevais órden de que se presente aqui inmediatamente.

El edecán parte á la carrera, las tropas siguen formadas descansando las armas y el General conversa afablemente con su Estado Mayor.

Todo el mundo pregunta por la causa de este aparato militar, y nadie contesta categóricamente.

Transcurridos unos minutos, óyese el galopar de un caballo. Es que el ayudante regresa de cumplir su cometido.

—La Madre Carolina—dice al General—se halla en este momento á la cabecera del cabo Hernandez, á quién se acaba de cortar un brazo, y á la del sargento Melguizo, al cual se va à amputar una pierna. Les anima y consuela tanto con su cariño y ternura, que el doctor Romero dice que seria una crueldad arrancarla de su lado.

—Volved allá y presenciad la operación. Luego de concluida, haced que venga sin demora la Madre Carolina.

El ejército continúa formado, el General departe amigablemente y aun no habia transcurrido media hora cuando la Madre Carolina se presenta en la gran plaza.

Al verla, se levanta el General, manda presentar armas y batir marcha.

La humilde hermana de la Caridad avanza sonriendo á los soldados como el alba de un espléndido dia. Todas las miradas están fijas en élla para penetrar la emoción que la domina. Pero ella avanza tranquilamente, radiante de modestia y de dulzura.

Llega al estrado, y al subir el primer escalón se detiene. El General á lo alto, desenvaina la espada y en medio del más imponente silencio, dice con voz fuerte y solemne:

—Madre Carolina: cuando apenas contabais 20 años, fuisteis herida de una bala de fusil, auxiliando à los heridos en los campos de batalla.

En 1871, un casco de granada os dejó tendida en las primeras lineas de Cartajena. Luego os trasladasteis á Cuba, de alli á la Peninsula y desde ella á estas lejanas regiones. Llevais diez heridas, y si no habeis acabado la existencia, no es porque no os expongais con indiferencia y denuedo á las balas y bayonetas enemigas.

Todas estas acciones las acabais de coronar con una que recuerda los tiempos más heróicos de Grecia y Roma.

Cayó una granada en el hospital de sangre que está á vuestro cargo, no estalla en el acto, más va á hacerlo dentro breves momentos, causando nuevas víctimas en aquellos desgraciados que alli se cobijan. Estais vos entre ellos, levantais la granada, sonreis á los heridos que os miran con estremecimiento de terror, más bien por vos que por sus vidas, y la llevais á cien metros de distancia.

Antes de soltar el proyectil, notais que va á estallar y lo arrojais al suelo. Apenas toca á la tierra, revienta la granada y se os ve cubierta de sangre. Acuden á recogeros, os levantais con vuestra angelical sonrisa y exclamais como siempre: ¡ésto no es nada! No bien curada todavia de las heridas, volveis á los hospitales, de donde ahora se os ha llamado.

Mientras el General pronuncia estas palabras que inflaman todos los corazones, el ejército reprime su entusiasmo para que no estalle en sollozos y aclamaciones; y la Madre tiene la cabeza baja, pálido el semblante y los ojos clavados en el Crucifijo que pende de su cuello.

El General prosigue:

Madre Superiora, subid y arrodillaos en el último escalón.

Asi lo hace.

Entonces Polavieja da tres golpecitos de espada á la Madre, se quita del pecho la Gran Cruz del Mérito Militar, se la pone sobre el hàbito y dice esforzando cuanto puede la voz:

—Os pongo la Cruz de los valientes en nombre del pueblo y del ejército español! Nadie, ningún caudillo la ha ganado con acciones más heróicas y sublimes, ni con una vida de abnegación tan completa por sus hermanos y por la Patria.

¡Batallones, baterías y escuadrones! presentad las armas!

Una aclamación inmensa, entusiasta, hasta el delirio brota de todos los lábios.

La Madre Carolina se levanta y la fisonomía vuelve á recobrar su expresión natural y divina.

—Gracias, mi General. He concluido?—pregunta.

—Si, Hermana, si.

—Pues entonces corro á ver á mis pobrecitos amputados.

Francisco de Asis CONDOMINES.

Montevideo, Agosto 21 de 1897.

VIOLE D'INVERNO

Del volúmen Myricae,—aun no llegado á América—con consentimiento del autor, para Vida Montevideana.

Donde, o vecchina, queste violette
serene come un lontanar di monti
nel puro ocaso? poi che il gelo ha strette
tutte le fonti;
il gelo brucia da le stelle, o nonna,
ogni foglia, ogni radica, ogni zolla.—
Trepida, sappi, lungo la Corsonna
geme una polla.
Là noi sciacquammo il candido bucato
ne l'onda calda in mezzo a nevi e brine;
e il poggio è pieno di viole e il prato
di protelline.—
Ah!... ma, Poeta, non ancor nel pio
tuo cuore è l'onda che discioglie il gelo?
non è la polla, calda ne l' oblio
freddo del cielo?
Chè sempre, se ti agghiaccia la sventura,
se l' odio altrui ti spoglia e ti desola,
spunta, al tepor de l'anima tua pura,
qualche viola.

Giovanni PASCOLI.

Firenze (Italia), Julio 20 de 1897.

BECQUERIANAS

Volverán las canoras avecillas
Tiernos himnos de amor á preludiar,
Pero aquellas que cantaron nuestras dichas,
¡Esas no volverán!
Volverán nuevas horas de alegría
Para nuestros corazones á reinar,
Pero aquellas que entre goces transcurrieron,
¡Esas no volverán!
Volverán, en los dias del estio,
Mil flores fraganciosas á brotar,
Pero aquellas que en tu seno se secaron,
¡Esas no volverán!
Volverán las pintadas mariposas
Por tu jardin coquetas á vagar,
Pero aquellas que cogimos suspirantes,
¡Esas no volverán!

Cayetano R. MENDOZA.

Montevideo, Agosto 19 de 1897.

UNA VISITA Á "LAS DELICIAS"

Antes de ver y admirar el sitio ameno de « Las Delicias » en los alrededores de Minas, creiamos que su nombre correspondia á un rincón alegre de paisaje, donde una primavera eterna desborda sus glorias perfumadas, y

desplega, á todas horas del día, el traje verde de las huries de Mahoma, bordado á trechos por las notas chillonas de las amapolas y margaritas silvestres.

Fuimos. No nos equivocamos. Subimos á un cerro, el de la Guardia, desde cuya atalaya vigilaban los coloniales españoles las invaciones de indigenas bravios, de los minuanos, de alma indómnita y de músculos de acero, con los que preparaban en gestación gloriosa la independencia del aduar; el aduar, cimiento primordial de todas las patrias americanas.

Solo recordando la primera impresión que nos produce en la infancia las escenas pintorescas que Feneldon describe, con primoroso estilo, en las encantadas islas griegas, es que puede el espectador, desde esta montaña, darse cuenta de lo maravilloso del paisaje que se domina con mirada de cóndor que abarca mucho sol, en mucho azul...

El caserío blanco de la pequeñuela ciudad perdido entre arboledas, entre manchas de todos los tonos de la gama del verde; al término medio las lomas de piedra de los cerros como inmensa majada de camellos petrificados en épocas prehistóricas en sus correrías seismicas por el desierto; por el desierto desolado, en cuyo horizonte opalino, al atardecer, apenas se dibujaba, á lo lejos, el humo azul oscuro de las tolderias charrúas como banderolas grises agitadas por el pampero de los libres...

Allá, al fondo del paisage culebreando con sus escamas plateadas el sol, el enorme boa del Santa Lucía, se desenvuelve, buscando zarzales y juncos, pajas bravas y flechillas, para arrullarlas con la canción cristalina del agua que besa las terrosas escarpas de las orillas y que deja en cada beso un rosal, en cada arullo de la corriente un trébol, una margarita roja, como gotas de la sangre divina, caída sobre el césped, de las venas purpúreas de las auroras orientales.

No conocemos, tcdavia, los que gastamos el vacuno charolado sobre el asfalto de las ciudades, los que creemos que el horizonte concluye con el ejido ciudadano ó con el pueblito veraniego ó con la playa á la moda, no conocemos bien el placer alpinista, de ascender, de elevarse, de llegar á conversar con las nubes, á dominar horizontes anchurosos á sentir la sensación hermosa de las cosas grandes, á aprender á mirar la vida, no por el tubo angosto de nuestras conveniencias interesadas, sino á contemplarlas por la gran ventana azul abierta al infinito, al espacio abierto desde donde se comprende toda la latitud del pensamiento humano; á la altura, desde donde se mira nuestra misera pequeñez egoista; al cielo, á la región inmensa de las almas, sereno el corazón, serena la mirada, serena la quietud plácida del espiritu en esta hora crepuscular solemnemente esplendorosa.

¡Que bienechora higiene para él alma es esta de admirar los grandes espacios abiertos á los panoramas de la tierra y de dominar las empinadas alturas, gradas de ciclopes para escalar el infinito!... Lejos de la estruendosa catarata de la vida traficante, como se siente uno más bueno, más altruista, más hermano del hombre, más admirador estético de la belleza, más lejos de las patrias pequeña de los odios de secta, de raza, de partido, de negocios.

Si el alma tiene pulmones para aspirar el oxigeno de los buenos sentimientos, aqui, sobre la montaña, es donde respira plenamente satisfecha, contenta de poder sentirse inmune de esa tisis del corazón que es el egoismo de la mezquina lucha por la vida.

La salud del alma; ¡y la del cuerpo!

¿Quién le vuelve á los músculos su potencia perdida, quien le vuelve al corazón las energias gastadas, al organismo, las abolladuras del escudo de la fuerza vital, sufridas en el choque diario de las pasiones, del trabajo, de la premura nerviosa con que nos consumimos en el taller ó en el estudio?

No se hallarian en este sitio todas las delicias si junto á las bellezas del paisaje, no nos encontraramos un santuario de la salud y de la higiene. Un hermoso y grandisimo establecimiento Hidro-Magnético, creado entre estas cuchillas floridas, al potente: *ábrete sésamo!* de un viejo filántropo, de un liberal de alma altruista, el señor Luis Curbelo, el mago de la salud de estos contornos, que cura las enfermedades con solo imponer sus manos impregnadas del agua magnética de su fuente cristalina.

Bajamos á la montaña, en la hora que atardece y el sol flequea sus últimos esplendores sobre las crestas pétreas de Verdun. Penetramos en la casa de salud.

Las azucenas blancas nos dan la pájina floral, en la que bordan su música chillona las achiras y los pensamientos, vestidos de colores heráldicos... ¡Qué precioso!... Una glorieta de techo de totora nos convida á sentarnos bajo su sombra fresquisima... El sabiá que se posa en una rama flexible de eucaliptus, nos recuerda el doliente gemido de Abreu en los perfumados naranjales brasil ros.

De pronto, un gallo inglés, de plumas tornasoladas, garifo y entonado, vibra su estentóreo canto, saludando al dia quese oculta .. A lo lejos, en un ranchito de barro, perdido en una loma cercana, canta una voz varonil de cadencias luengas, sentidos versos en los que vibran el alma inmensa del paisano criollo:

Sé como el almendro,
Al sentir rigores.
Suelta á cada golpe
Tus más lindas flores.

Llega el señor Curbelo. Fisonomia franca, abierta, jovial; poblado bigote cano, cráneo de inteligente; simpático: color sano en el cútis algo tostado por las brisas de las sierras. Al verlo, se siente el golpe relámpago de la simpatia, y uno se deja llevar en la suave corriente de su conversación amena, sobre todo, altruista

Curbelo, detesta todos los vicios que degeneran la sociedad actual; el alco hol padre del suicidio y la idiotez; el tabaco que oscurece la memoria... detesta los explotadores de la moral cristiana y pronto, halla tema para desarrollar sus teorias generosas, para mostrarnos una meta radiante de bienestar, de progreso, de libertades.

Don Luis Curbelo, nos conduce á visitar su sanatario. Es coqueto de veras! Las piezas para hombres, pequeñas, con ventanas cubiertas de enredaderas perfumadas, con vistas á panoramas espléndidos de campiña ondulada, de montes, de laderas, entre cuyo verde pastan los vacunos, mansamente...

Ahora el salon de baños, las duchas, las bañeras de mármol de colores, las cubetas para el agua magnetizada; todo el sencillo aparato que sirve para vehiculo recreativo de la salud, de la vida, de la alegria; porque no hemos visto sanatorio más alegre que este, donde los enfermos de tisis al mes están mejorados y los pacientes del tifus á los ocho dias, como nuevos Lázaros biblicos se levantan y andan...donde acabamos de comprender el esfuerzo inutil de la farmacopea moderna para encontrar, entre sus venenos violentos, el anhelado regenerador de vidas.

El departamento de señoras, con sus piecitas coquetuelas, amuebladas como para niñas mimosas; llenas de luz, de pájaros, de flores; rodeadas del ambiente simpatico que se desprende de la familia Curbelo, de cuyo lado se alejan los enfermos, ya curados, con lágrimas de sentimiento en los ojos! Atracción inmensa de las almas buenas!

—Don Luis, tiene mucha gente este año?

—Bastante. Pero, no tanta como fuera mi deseo; porque, si por mi afan fuera, quisiera tener dos ó tres mil enfermos por año y le garanto que repetiria el milagro del Padre Kneipp que les vuelve la salud á todos con la hidroterapia.

—¡A todos!...

—A casi todos. Con la estadistica de mi casa en la mano, puedo probárselo: de cien enfermos que entren aqui, le garanto que noventa y nueve se curan y el otro se alivia mucho con el agua magnetizada.

—Pero ¿uted no hace más que seguir las huellas de Priesnitts y de Mombrú, de Kneipp, en la hidropatia, no?

—Y las de Mesmer en el magnetismo, pues dice Puysegur que *de cuantas magnetizaciones se conocen, la del agua es indudablemente la que produce efectos más sorprendentes y saludables.*

—Me han dicho que Vd. es muy severo en su réjimen.

—Debo serlo. Los alcoholes, el tabaco y los estimulantes son las causas porque se retarda en el progreso en el mundo! lós hombres degenerados por esos vicios no tienen enerjias para poder romper los despotismos politicos, relijiosos ó sociales que los atan, casi siempre. El que quiera curarse conmigo; no debe fumar ni beber más que el agua de mi fuente.

—Ese sistema hará reir á los encenagados en el vicio.

—Peor para ellos! Podrián reirse un año ó diez, pero al fin el alcohol y el tabaco los hará llorar, pero, ya demasiado tarde!

— Su método, entonces, ¿es muy sencillo?

—Sencillisimo; vendajes, baños, abluciones, agua, papel y duchas magnetizadas...

—¿Habrá tenido contratiempos, persecusiónes?

—No faltaron; pero, en mi establecimiento Hidromagnético, el doctor Majó formula las dianósis...

—Y Vd. cura las enfermedades.

—Eso mismo. Aparte que muchos conocidos médicos de Montevideo, me mandan sus enfermos... deshauciados...

Escuche! Tocan el timbre llamandonos á la mesa. Vamos.

Y pasamos al comedor, espacioso, irradiando luz. alegrias, perfumes. Pronto lo invadieron más de veinte personas. Rostros francos, chispeando en los ojos la cordialidad, una familiar franqueza encantadora, presidida por el señor Curbelo como el patriarca venerable de esta gran familia. El apetito devorador de todos no denuncia á los enfermos; es que las brisas perfumadas de estas sierras y el agua del Establecimiento son unos aperitivos maravillosos.

Cuando salimos á pasear por el jardin la noche habia cubierto el cielo con su azul obscuro bordada de lentejuelas de estrellas. *El Crucero del Sud* fulguraba radiante y al poniente, la luna se elevaba detrás de los cerros de Verdum bañando con su esplendorosa caricia blanca el paisaje... Cruzó la azul esfera la làgrima de oro de un bólido. Pensamos en los que amanos tanto; sentimos la nostalgia de sus palabras, de sus rostros queridos; el beso de la santa madre lejana nos rozó la frente!

De entre las ramas salian arrullos de pajaros que sueñan. Un golpe de brisa nos trajo algunos versos del cantar melódico que salia del rancho perdido, allá en la cercana loma, con bordoneos de guitarra gemebunda:

Causa eléctrico embeleso,
Por que jentil y bizarra,
Se apróxima á la guitarra,
Y á las cuerdas pone un beso!

FRANCISCO C. ARATTA.

Montevideo, Agosto de 19 1897.

CAMPERAS

Se marchitaron bajo el pálio obscuro
De la vieja enramada,
Los claveles fragantes de la sierra
Que trasplantó solícita la indiana;
Y de sus tersas hojas
Arrebató en sus alas,
Todo el perfume que guardó en su seno
El soplo helado de los vientos pampas,
Bajo el docel flotante
De los añosos talas,
No se oirán las cadencias melodiosas
Cuando vibran acordes las guitarras.
La linda paisanita, la que lleva
En sus pupilas pardas,
El ardor de las puestas de Febrero
Y ruega y acaricia en sus miradas,
Vió en una tarde triste
Traspasar las cuchillas mas lejanas,
Al dueño de su amor, al que traía
Para sus trenzas margaritas blancas.
Un deber imperioso
De su lado lo arranca,
Sabe que allá en los lindes franterizos
Llamó el clarin al campo de batalla.
Del alero saliente
Lo vió tomar su lanza,
La que ha buscado anciosa el entrevero
Y llega al pecho del contrario y mata.
En su sombrero negro
De temblorosas y ondulantes alas,
Se ciñó la divisa que tenia
Por solo lema el nombre de la pátria.
Y la abrazó sonriente y cariñoso...
Y en su frente tostada,
Por el sol de los campos que fermenta
De los guayabos la hervidora sávia,
Imprimió un beso ardiente
La paisanita de pupilas pardas,
Y se quedó llorosa y pensativa
Bajo el docel flotante de los talas.

***

Abriéronse las flores
A los rayos del sol de la mañana,
Y mece, á los columpios de las brisas,
Su nevado florón la paja brava.
Los viejos espinillos
De punsadoras y robustas ramas,
Muestran sus trajes de verdores llenos
Cual reyes de la selva solitaria.
Al beso de Setiembre
Se pueblan de rumores las cañadas;
Hay días más azules y en el cielo
Tiene reflejos mágicos el alba.
En el espeso monte
De las verdes acacias,
Elaboran el néctar de sus mieles
Con incesante afán las lechiguanas.
La estación de las dichas
Ha tendido su manto de esmeralda,
Y en el ramaje de los gruesos molles
Su nido construyeron las calandrias.
¡Hermosa Primavera...
En cada giro de los vientos pampas,
Trae un recuerdo del amante dueño
Para endulzar la ausencia de la indiana!

Gonzalo LARRIERA VARELA.

San José, Agosto 19 de 1897.

Cuentos rápidos

¡MENTIRA!

Á Guillermo Büsch

Cómo he conocido á Lina, me preguntas?---decia Raul á su amigo Jorge, cierta noche al salir juntos del Club.---Como se conocen á todas esas mugeres, estrellas errabundas, que al encontrarlas á nuestro paso, en un paseo ó contemplarlas desde una butaca del teatro, nos atraen con el imán de las simpatias que surge de su persona joven y elegante, y, en cuanto á su fidelidad y constancia es una excepción entre las del género... A propósito, voy á referirte una anédocta.

Estábamos en verano. Una tarde á la hora de la siesta, entré al tocador de Lina, en el cual ella acostumbraba á recibirme todos los días, á esa misma hora. La habitación hallábase solitaria, semi oscura; por las celosias entrecerradas y los cortinajes echados de la ventana que daba al jardincito, entraba el gorjeo de los pajarillos que rebolaban en el frondoso boscaje de los árboles y en las enredaderas... Habiendome quedado inmóvil, suspenso, como alelado en medio de la habitación al encontrarla desierta... Por mi memoria pasaron fugitivas todas las palabras de Lina, vidas en otrora de amor y felicidad; sus promesas, sus caricias apasionadas; crei contemplar cual si estuviera á mi lado; aquella cabeza rubia, vivaz y encantadora, aquellos ojos picaruelos de un nitido azul, sus lábios finos en los cuales florecian sus deliciosas sonrisas y sus besos febriles; sus hombros redondos, esculturales; y, aun crei respirar aquel ambiente suave, perfumado, luminoso con su presencia; estremeciame con el delicado contacto de sus formas de hada, con el tibio aliento de aquella boca pasional, la ardorosa impresión de sus besos... En mi cerebro boltegeaban millares de pensamientos, y enervado, rechinando los dientes de rabia ante la realidad de no verla alli, esperandome como siempre, las dudas y los terrores sobrecogian de pena y de ira mi corazón... De pronto, sobre una consola, no distante de mi divisé una targetita rosa, rectangular en la cual hallábase litografiado el nombre de Lina y escritas varias palabras de su puño y letra, y, tomándola con temblona mano, lei...

Lina aquella mujer tan adorada por mi, aquella mujer todo mimo y amor, á quien yo cumplia todos sus menores caprichos; aquella amante tan bella, tan tierna, tan rendida; la que tantas veces habia rozado mi rostro con su aliento perfumado al besarme apasionada entre el murmullo de sus palabras y risas, que al confesarme su amor parecianme ecos harmoniosisimos y no palabras vanas de una mujer fementida, cruel, perjura; Lina, en fin, me engañaba, traicionaba mi amor, huyendo (la tarjeta me lo decia) en aquellos momentos con Luis, mi amigo, un joven lácio, enjuto de carnes, de cabeza enorme y redonda con una barba rubia tirando á rojo; un pobre jóven con quien yo habia compartido mi mesa y mi casa.

. . . .

. . . .

Unas manecitas suaves y delicadas como copos de algodon apoyaronse sobre mis ojos, unos lábios ardorosos dejaron en los mios su huella candente y una risa franca, nerviosa, conocida, al sonar en mi oido con delicioso acento derramó por todo mi cuerpo una impresión alegre... y luego mis ojos, toscos y desconfiados aún, vieron á Lina ante mi que feliz y bulliciosa, reia como una loca, diciendome:

---¡Tonto!... ¿habias creido?...

. . . .

. . . .

--- Pero, lo que decia la targeta... objetó Jorge.

--- Pura invención; respondió Raul.

--- Luego...

---Todo habia sido una mentira de Lina!...

Pedro C. MIRANDA.

Montevideo, Agosto 21 de 1897.

IDEALE

Talor veggo da neri
flutti divina imagine salir;
E sento i miei pensieri
lei, come schiera d'angeli, seguir.
Ma presto il rifulgente
volto s'occulta, trepidando, a me!
Folgora la fuggente
veste nel volo fluttuante al piè;
Tra gli uomini, ò divina,
ancor ti cerco, vanamente ancor;
Onde una ignota spina
porto confitta nel profondo cuor.
Come notturne rose
dormon gli affetti e le memorie in me;
Crebber di fiamme ascose
luce bramando che mortal non è.
Crebber dai sanguinanti
solchi che ruppe il ferro del dolor:
Nutriti son di pianti,
d'ansie segrete, di represso ardor.
Deh, che io ti senta ancora
donna celeste incontro a me venir:
Io voglio, io voglio un'ora
tra le tue braccia piangere, e morir.

J. F. DONI.

Montevideo, Agosto 20 de 1897.

Despedida al piano

Ultima vez! Sus manos sonrosadas
Vuelan sobre el armónico teclado,
Como vuelan palomas delicadas
Por sobre el trébol que perfuma el prado.
El pálido semblante, el mirar grave,
Inquietudes febriles de su mano,
Denotan su pesar; es que ella sabe
Que ya, mañana, no verá su piano.
Para aplacar caprichos de fortuna
El piano llevarán que es su existencia,
Y á la caricia blanca de la luna
Está tocando la última cadencia,
Y pasan en bandadas deliciosas
Aquellas melodías pasionales
Que le narran de amor tan dulces cosas
Con un ritmo de hechizos celestiales.
Canta el génio en la página que pasa.
De Mozart la divina melopea
A la dulzura de Shubert se enlaza,
Y el piano más que vibra, centellea.
Se vuelve el canto luz! Es sol que alunmbra
Del recuerdo la selva misteriosa;
Y es recuerdo que, espléndido, deslumbra,
Y mientras toca, la infeliz, solloza!
« Adios!—le dice;—dulce confidente,
« Consuelo de mis noches en la ausencia,
« Fiel compañero de mi infancia riente,
« Te despido con la última cadencia.
« ¿Quien como tu, con sentimiento, arranc
« Música que entristece ó que alegra?...
« La nota del Amor la tecla blanca,
« La nota del pesar la tecla negra!
« Ora, solo una música me resta,
« Que toda para mi existir reclamo,
« De lós sentidos en la amante fiesta!
« El himno pasionál del: *yo te amo*
Y con sus dedos de marfil desflora,
La canción predilecta de su amado.
Ultimas notas del Amor que llora
Vagan sobre el armónico teclado.

Francisco C. ARATTA

Montevideo, Agosto 17 de 1897.

¿QUIÉN ES ÉL?

Quién es el colaborador de simpática Vida Montevidea que se presenta con toda la a gria de los ángeles, y con toda figura de un entusiasta siluetis

¿Quién és, el que ayer escribia con un tit lo propio, usando para ello de nombre é in cial de apellido y hoy, por simpatia de idea toma para si el titulo que es propiedad *Extasis*?

¿Quién es él que tan galante y generoso deja traslucir que sus bellos pensamient puedan ser cosecha de mi intima amiga humilde Extasis? ¿Quién es, decidme?

Sacadme de mi justa y oportuna curio sidad... ¿Quéin es El?

Ráfaga.

Establecimiento gráfico á vapor, Convencion 82.